

# La vida manca

Víctor Moraz



## Capítulo 1

El intenso olor del que renegó en su finita existencia guiaba su camino, esta vez le parecía mucho más penetrante que en cualquier otra ocasión. Debía de alcanzar al otro ambulante por supuesto, pero eso en realidad no le preocupaba, estaba seguro de que esta vez era la buena, este era su llamado, finalmente sería recompensado.

Su vida había sido un vaivén de gozo y sufrimiento, como el resto del mundo, aunque al hacer un análisis durante sus interminables deambulares, parecía mucho mejor de lo que resultaba, cuando el tiempo se sentía como algo más real. Ahora el correr de un día o un año parecían ser lo mismo, un interminable y repetitivo lapso del que resultaba imposible diferenciar un momento de otro, destino que él mismo se había adscrito, con ayuda de unos cuantos, desde luego, a final de cuentas de eso se trataba la existencia de una vida en la sociedad, nadie nunca por más que quisiera hacerlo creer forjaba solo su propia historia. Si bien algunos podían afirmar que en realidad nunca los habían "ayudado", cosa tan poco probable en su opinión como cualquiera que decía nunca haber soñado, al final resultaba innegable la influencia o inspiración en algún otro. Aunque este en realidad resultaba un completo extraño para el influenciado, pero una buena historia o anécdota con la que pudieran conectar (por lo menos de manera remota) podía resultar ser lo necesario para formar o destruir una vida. Incluso no tenía que ser algo completamente cierto, una verdad adornada siempre resultaba ser mucho más inspiradora que la llana palabrería que podía resultar lo verdadero. Todos necesitaban un punto de apoyo, algo o alguien que creer, su inspiración para forjar un destino que podía o no, resultar como lo esperaban.

Claro que existían sus excepciones (millares de ellas) en las que las personas se negaban a reconocer su inherente provenir, algunos de manera inconsciente, otros simplemente decidían ignorarlo, o simplemente aceptarlo como algo irremediable de lo que en realidad no estaban del todo seguros resultaría ser cierto. Mitos, y fantasías, o una increíble verdad, al igual que quien aseguraba haberse forjado únicamente por su cuenta, cualquiera que asegurara conocer la mítica respuesta que llegaba enloquecer y obsesionar a tantos no era más que un vil ególatra estafador o un tonto despistado que terminaría por llevarse una tremebunda sorpresa/decepción al momento de conocer el final, o en su caso la falta de este. Porque si una cosa había aprendido en su perpetuo peregrinar era que no resultaba igual para todos, su caso era especial, aunque no único. Desde luego que existían otros peores, cuyo destino estaba encadenado a un solo lugar a la espera de algo que jamás llegaría, solos y encadenados, siempre sucumbían a una demencia que terminaba por revelar su oculta y exacerbante presencia a su antiguo clan, quienes, a diferencia de todos ellos, sin importar si fueran sedentarios o

ambulantes, envejecían de una forma imparable de la cual parecían no percatarse. Cosa que sin lugar a dudas entendía, él mismo tuvo una finita existencia que en ese momento parecía una interminable marcha de la que tenía que salir victorioso, sin importar, si en realidad era una victoria que en verdad desease ganar, o siquiera le importarse disputarla.

Siempre existieron cosas que llamaron más su atención, algo que lo llamaba e invitaba a un sendero pedregoso que si lo tomaba terminaría por ser su hogar, no era un trayecto hacía la victoria, por lo menos no de una manera convencional, pero su llamado era dulce, y su trayecto, a pesar de lo inhóspito, ofrecía un hermoso panorama. Una constante sensación de triunfo, por más modesto que pudiera resultar. Eso era lo que podía recordar del corto lapso en que se rindió ante el melodioso llamado de la inspiración.

Claro que al final termino por tomar al trayecto de los ganadores, el cual resultaba mucho menos atrayente y reconfortante, pero que, de igual manera, además de ser un camino confiable, lo libraba también del tortuoso pensar que solía acometerlo en sus días de creador. Porque eso era lo que había sido, o por lo menos así le gustaba recordarse, un hacedor de letras, interprete del corazón que solía comunicar su pensar en unas cuantas estrofas. Amor, odio, desolación, alegría, hastió, vació, cualquier sentimiento podía quedar bellamente plasmado si se lo proponía.

Cincelado palabra por palabra, porque resultaba imposible hacerlo letra a letra, se sumergía en una marea que lo arrastraba por horas, hasta botarlo lleno de vitalidad. Se podía perder todo recuerdo de su anterior existencia, pero no su tiempo (momentos) en compañía de la inspiración. Así como recordaba, cómo había renunciado a ella, con la firme convicción de que lo único que hacía era vivir al igual que un niño, sin un verdadero contacto con el mundo real, obstinado a que las cosas fueran como él quisiera, ignorando a los demás.

Ahora que su finita existencia no era más que un reflejo en el agua, su versión tras la renuncia a la creatividad, era la que lucía como un niño. Obediente, sin demasiada voluntad propia, solo un engranaje más de la maquina social, que nunca llegaría amar, pero terminaría por adaptarse. Usando como tantos a otros, una máscara de cuando en diario para perderse entre la multitud, y no salir en pos del sendero que había abandonado. Camino que ahora buscaba desesperado, impaciente por una última visita de su vieja compañera, sin importar lo breve que pudiera ser. Solo un momento más, antes de enfrentar un nuevo final.

-Nunca nos iremos. Somos condenados por negar lo que éramos, huimos de nosotros, y ahora debemos pasar la eternidad buscarnos, conscientes de que nuestro verdadero yo se extinguió antes de nuestro último respiro-  
llego a decirle uno de sus primeros similares con los que se cruzó. Una

declaración que no lo convenció del todo en primera instancia, o más bien nada, después de todo ¿Quién era ese cabrón para tomar como cierto lo que decía?

El tiempo (aunque no tenía la mínima idea de cuanto había transcurrido) y declaraciones similares a las crípticas palabras de aquel extraño, terminarían por llevarlo a aceptar su castigo por haber huido, y negado a la inspiración, que lo llamó hasta cansarse de ser ignorada. Ahora él tenía que buscarla, gritarle con la añoranza de obtener su atención, y obtener un misero roce de algo que antes solía rasgar sus entrañas.

-una vez pude sentir su cosquilleo-le confió en cierta ocasión un raquítico espectro que a todas luces resultaba evidente que al igual que los sedentarios había perdido la razón-¿lo recuerdas? Ese pequeño hormigueo trepidante que arrancaba en nuestra cabeza, y funcionaba con el corazón, que estremecía con cada centella de creatividad nuestro cuerpo entero mientras dejábamos parte de lo que éramos para suplantarlos por lo que seríamos-al decir esto último su voz se apagaba, consciente (como todos) de que todo aquello no era más que su culpa.

Claro que recordaba aquel bello cosquilleo ¿quién podría olvidarlo? tan imborrable, y maravillosamente agónico como el primer amor, su periodo de creatividad era una de las pocas cosas que realmente fungió como un punto catártico de su vida. El imponente antes y después, tras descubrir algo que de cierta manera siempre se había encontrado dentro de él. Nunca podría olvidar aquella sensación, millones de cosas se habían perdido con el correr del tiempo, pero cada instante que vivió siendo él, era una constante inamovible en sus recuerdos, que fungía a la vez como motivación y castigo, de su eterna existencia. Sin embargo, por más bella, y esperanzadora que pudiera sonar la historia de aquel demente, no existía forma de recuperar aquel sentimiento. Al igual que ellos hacía tiempo que se había ido, muchísimo antes de que sus cuerpos fueran devorados con lentitud, su verdadero ser había sido exiliado por ellos mismos.

Era su aroma, en eso convenían todos, lo único que su vieja amiga les dejaba percibir. Nadie podía estar más cerca de ella que eso. No el ignominioso cosquilleo, que aquel demente juraba haber experimentado, eso era demasiado, un simple delirio. Solo su fragancia, o lo que todos estaban seguros debía de serlo, podía llegar hasta ellos. Peculiar olor que a todos desquiciaba, desatando una desenfrenada búsqueda infructuosa por el lugar de origen del olor que todos juraban lo llamaba persistentemente a su encuentro. Nadie compartía el mismo aroma como tal, cada quien tenía sus toques distintivos que los hacían únicos, aunque algunos sí compartían ciertos elementos. El único e inamovible factor, era la intensa fuerza de atracción que despertaba en todos los ambulantes

como él.

Cruel añoranza seductora que los hacía irrumpir en toda clase de sitios, incitados por el deseo de reencontrarse con lo que tanto habían luchado por dejar atrás. Iguales a un perro que olía a su amo llegar a casa, andaban desenfrenados de un lado a otro armando tal escandalera que incluso unos cuantos mortales llegaban notar su presencia. Porque siempre los llevaba cerca de ellos, despistados mortales, que en la mayoría de las ocasiones terminaban asegurando se trataba de algún familiar o conocido quien había alterado el ambiente, inclusive varios aseguraban haberlos visto.

-¿y por qué no? ¿crees que de verdad no ven algún conocido en lugar de nosotros? ¿Qué realmente no sienten que son sus padres tratando decirles que siguen con ellos? -lo cuestiono cierto tipo sedentario que llego a conocer, y visitaba de vez en cuando antes de que perdiera la razón-como un tipo que no se ha movido de este lugar nunca, te lo aseguro, la mayoría en realidad no nos ven a nosotros, algunos cuantos sí, pero a todos les gusta engañarse. Un poco de fantasía, y positivismo para alegrar la vida, Mejor pensar que son mamá y papá o cualquier conocido, que un extraño buscando desatar su furia de ultratumba contra ellos.

Eso era algo que en realidad le importaba una mierda, los mortales podía pensar y mirar lo que les diera la gana. Lo único que lo irritaba es que ellos si tenían el don creador, no todos de la misma manera, pero ahí estaba, aguardando a explotar, y si bien no lo podían oler, vaya si conseguían sentirlo, especialmente cuando la fragancia era tan penetrante como la que lo llamaba aquella noche. Se volvía más penetrante conforme la distancia del supuesto punto de origen se acortaba, todo el lugar apestaba como si fuese rociado por un inmenso zorrillo, claro que este olor resultaba muchísimo más agradable. Si tuviera un corazón probablemente ya habría reventado, pensó al invadir la pequeña casa que a simple vista se confundía entre miles más con las compartía que estructura, tamaños e incluso (salvo unas cuantas excepciones) su color.

Al perpetrar en la vivienda el olor se disipo, como siempre lo hacía, un maldito bulo por el que vagaba de un sitio a otro, sin encontrar lo que le era prometido.

Uno de los niños que jugaban en la sala pareció notar su presencia al instante, fijando su mirada sobre en el rincón que desde los observaba.

-Carlos-llamó el otro de los pequeños a su distraído amigo que había abandonado de forma tan abrupta el juego para mirar como un idiota hacia la nada.

El nombre le resulto familiar al ambulante, aunque no tenía la mínima idea de si se debía a que conoció a alguien con ese apelativo o incluso

había sido el de él. Todo ese tipo de cosas se fueron desvaneciendo de forma gradual, hasta no ser más que un nebuloso pasado como el que venía luego de una curda monumental, y vaya que la vida había terminado siendo eso. La borrachera más prolongada que consiguió resistir, ahora solo le quedaba su cruda imperecedera, y un montón de flashazos que abrían más interrogantes con cada nueva aparición. ¿Carlos? ¿por qué provocaba aquella picazón y ansiedad, el nombre de aquel niño que no dejaba de mirarle? No estaba seguro si se trataba del primer niño o persona que lo miraba de esa manera, su segunda existencia se disipaba a mayor velocidad cuanto más se prolongaba, pero algo le decía que no.

Muchos, conoció que pudieron notar su existencia, quedando más que marcados por el encuentro, aunque para él se disipara prácticamente por completo luego de ocurrido.

-ya no vas a jugar o ¿qué? -espeto molesto el compañero de juego de Carlos poniéndose en pie tirando con un manotazo al muñeco que continuaba en la zurda de su absorto rival, el cual ni siquiera se percató de la caída del murciélago.

El aroma volvía a llegar arrastrado por la brisa mientras el mayor de los niños llamaba a sus padres, proclamando que algo malo pasaba con Carlitos; parece un zombi, grito a Mamá con una evidente angustia, sin en el mínimo dejo de molestia que mostraba hacía apenas unos segundos. Ahí estaba de nuevo, al igual que cada vez que hacía su aparición, el olor cambiaba (se alejaba) cada vez que llegaba a lo que creía debía de ser su origen. Un segundo desaparecía por completo, y al siguiente retornaba con mayor intensidad, en algún sitio cuya distancia superaba con creces la que recién había recorrido. Claro que la longitud del trayecto era lo que menos lo importaba, podía andar de aquí para allá sin el mínimo problema, de echo esa en resumidas de eso se trataba su existencia, y estaba acostumbrado a ello. No obstante, las noches del aroma resultaban un estigma que el mismo buscaba infligirse. Nada habría en el segundo punto, tampoco en el tercero, que sin duda alguna aparecería tras alcanzar la siguiente meta, quince irrupciones era el máximo que había llegado hacer de corrido, cada una de ellas más apremiante, y por ende devastadora que la anterior.

El pequeño Carlos mostro una inmensa sonrisa (aunque no estuvo seguro si estaba dedicada para él) en el momento que los adultos aparecían guiados por el alarmado niño La madre también pareció percatarse de su presencia, apenas un bosquejo, una leve mirada reconocimiento de que se esfumo tan de improvisto como se presentó.

-Carlos-volvió a llamar el niño, obteniendo por fin una respuesta de su

hermanito quien se giró finalmente a mirarlo.

Aquí viene pensó el eterno vagabundo, ante una puesta más que conocida, un episodio que se repetía sin fallas, cuando menos en una ocasión con cada aparición del aroma.

El más pequeño de la casa sonrió al mirar a su hermano, no era una expresión dedicada a este ni a sus padres. Algo había que no podía explicar, un sentimiento que gritaba, que rasgaba placenteramente su interior, colmándolo de un inusual confort que cosquilleaba por todo su cuerpo. Lo más parecido a aquel sentimiento, era lo que experimentaba entre la noche buena y navidad, y en su cumpleaños también, aunque en menor grado. Sin embargo, esta sensación dejaba muy atrás cualquier 25 de diciembre o cumpleaños que pudiera recordar. Podía resultar un pensamiento un tanto drástico para un niño de ocho años, pero al mirar a la condenada alma en pena que lo miraba desde un rincón, pudo sentir el odio y coraje que le ocasionaba su satisfacción. Deseaba estar en su lugar, o cuando menos compartir un mínimo del embriagante sentimiento de sopor que lo abrigaba.

-esto no es para los muertos- declaro Carlos desconcertando no solo a su familia, sino al mismo intruso que parecía estar apunto abalanzarse sobre él.

-¿qué?-la madre del pequeño se acerco a su hijo-¿por qué dices eso mijo?-pregunto al menor de su familia poniéndose de cuclillas para estar al nivel de Carlos que continuaba sentado frente a la pequeña mesa de vidrio.

No era para los muertos, malditos huevos del pequeño Carlos al atreverse a decir tal cosa, ¿quién se creía el maldito escuincle? Solo porque llevo a saborear un atisbo de algo que esencialmente le debía de ser para él, creía tener el derecho de decirle lo que podía o no hacer. La seguridad con lo que lo dijo el cabrón, eso era lo peor todo, como si el infante fuera él, y no el despistado y afortunado mocoso que no tenia idea de lo que experimentaba, mucho menos lo que de su boca Salía.

-el fantasma quiere estar como yo-dijo Carlos a su mamá. Fue la mejor manera que se le ocurrió de responder, estaba seguro de que no lo entenderían, ni siquiera él comprendía el asunto del todo, pero de lo que estaba completamente seguro era de que el espíritu añoraba ese cosquilleo que parecía concentrarse en su cabeza y pecho.

-¿Cuál fantasma?-la mujer miro alrededor centrando su atención por un instante en el punto donde el eterno vagabundo los observaba-¿qué dices que quiere?-las palabras de su hijo resultaban absurdas y coherentes al mismo tiempo, aunque lo primero superaba a lo segundo ampliamente. Una parte de ella, creía comprender de lo que hablaba, o cuando forjarse

una remota idea de lo que traba de decirle. Algo había en la habitación, de eso se encontraba casi segura, no podía afirmar exactamente de lo que se trataba, pero algo logró sentir durante un suspiro que la hizo desear contener el aliento en ese breve momento, esperanzada de no perderlo de vista, así como aquel sentimiento que había olvidado hace tantos años- ¿arriba de la puerta mijo?-pregunto a Carlos centrando finalmente su entera atención en su pequeño que la miraba atento con unos centellantes ojos, y una amplia sonrisa.

Dos en un solo lugar. Si bien la madre apenas lo había notado, percibiendo nada más que un parpadeo que terminaría por olvidar en un par de horas (la costumbre autoimpuesta finalmente se había cimentado), toparse con un par en el mismo sitio era como si lo patearan tras haberlo derribado.

Una afrenta y humillación que no podía dejar pasar.

-¿lo ves mami?-Carlos giro la cabeza para mirar el intruso que parecía un perro rabioso apunto de romper la cadena, dispuesto a lanzarse al ataque. No tuvo miedo algo le decía que realmente no podía hacer nada en contra él y su familia. Además, en su mente se fraguaba algo que requería de su completa atención.

-¿lo sigues viendo? ¿qué es lo que quiere? .

-no puede hacernos nada-Carlos quería tranquilizar a mamá que se veía más que angustiada, paseando la mirada en búsqueda de su invitado de la demente mirada.

El padre y hermano de Carlos contemplaban el escenario, y todo su montaje, como meros espectadores. No es que no lograran percibir cierta energía que erizaba su piel, mierda, no porque no pudieran verlo quería decir que no percibiesen la vibra abrumadora de aquella presencia, que contrario con el más pequeño del hogar, para el par de espectadores resultaba un sentimiento de temor e incomodidad lo que el intruso transmitía.

El aroma seguía llamándolo, insistiendo con su segunda promesa seguida, tiraba de él para que continuase con su absurda búsqueda, incitación contra la que luchaba por prolongar hasta darle una buena lección al inspirado Carlitos que estaba más preocupado por el mundo que se formaba en su cabeza que por lo que acontecía fuera de su interior.

Arremetió contra el pequeño sin conseguir alterarlo en lo más mínimo, atravesó tras él como si una figura de humo se tratara. La mesa de cristal se estremeció derribando el angosto, y alargado florero que hacía meses no lucía con flores. La madre de Carlos soltó un ahogado grito mientras que su padre dijo una fuerte, y clara maldición dedicando una mirada a su

tocayo que se aferró a su mano apretándola con mayor vigor cuando el eterno vagabundo paso tras él al igual que con su hermano menor, antes de lanzar una silla de la mesa del comedor dos metros más allá de su lugar habitual.

Furioso e impotente pues en lo último que había dicho el escuincle sí que tenía razón, nada podía hacer en realidad contra ellos, por lo menos físicamente hablando, pero unos cuantos destrozos y un poco de ruido siempre podía ocasionarles un buen susto, y dejar más que cimentada la idea de que algún espíritu los acosaba, aunque en realidad no fuera más que un eterno vagabundo que solo estaba de paso. ¡CRAG! Los trastes que se encontraba secando al costado del fregador cayeron al suelo, llenado de gran placer (aunque inmensamente lejos del que añoraba, además de patéticamente absurdo) al intruso cuando la mujer no pudo contener un grito de espanto, así como el padre quien para no perder la costumbre volvió a blasfemar, incluso el pequeño junto al patriarca empezó a chillar. Solo el pequeño Carlos mantenía la calma, salvo por sus pupilas dilatadas que miraban asombradas lo que ocurría.

-no te asustes mami-Carlos tomo de la mano a mamá tal como ella lo hacía cuando era él quien se encontraba temeroso

¿Qué no se asuste?, el maldito niño no sabía cuándo detenerse, pero le iba demostrar que si debía de tener miedo.

-no tienes ni idea-bramo el invitado. Palabras vacuas pues nadie las escucho, excepto por la ráfaga que paso por la casa, reventando la bombilla del comedor, acción que incluso sobre salto al estoico Carlitos.

Es mía, gruño olvidándose de Carlos e incluso del porque se encontraba ahí, precipitándose tras el ambulante que buscaba quitarle su desechado, y apreciado tesoro.

El intenso olor del que renegó en su finita existencia guiaba su camino, esta vez le parecía mucho más penetrante que en cualquier otra ocasión. Debía de alcanzar al otro ambulante por supuesto, pero eso en realidad no le preocupaba, estaba seguro de que esta vez era la buena, este era su llamado, finalmente sería recompensado.